

2^{do} ACCÉSIT

PSEUDÓNIMO: Viajero de la mente

AUTOR: Freddy Guachilema

Emigrar sin inmigrar

Sabe usted emigrar? Yo sí, le voy a contar mi historia. Salí de Machala un ocho de mayo hace unos años, atravesaba un momento económico complicado, entonces decidí viajar y buscar un rumbo mejor a mi vida.

Como el único idioma que sabía era el castellano puse mis ojos en España antes de que a los ecuatorianos nos impongan como requisito indispensable el visado para poder entrar. Vendimos casi todos los electrodomésticos que con esfuerzo compramos mi flamante esposa y yo. Una cama y una cocina pequeña quedó para ella, yo tenía el billete del vuelo en mis manos con espanto e ilusión.

El día de la partida llegó, mi mochila solo tenía tres pantalones, cuatro camisetas, un álbum de fotos y un desodorante; en mis bolsillos 380 dólares y en mi mirada la nostalgia concentrada del amor de mi señora.

Un beso nos unió y ahora nos separa -le dije trémulo. Te prometo que sudaré sangre, si es necesario, para llevarte hacia mi lado lo más pronto posible -continué. Así lo hice, llegué a Madrid y después a Murcia, sin papeles, sin paredes. Horas y horas de trabajo, mis manos llenas de ampollas, mi espalda endurecida de escombros, mi frente anegada de sol, mi pecho desecho en recuerdos.

Cinco meses después, ocho kilos menos y las dos noticias (la suya y la mía):

Yo: ¡Mi amor! Tengo todo listo para que vengas.

Ella: ¡Querido, vas a ser padre! 22 semanas de gestación - dijo feliz.

Corrimos el riesgo y le conté el plan.

El 23 de octubre ella viajó a Perú (teníamos que hacerlo así, pues los ecuatorianos ya necesitamos visado para entrar en España). En el aeropuerto de Lima tuvo que esperar un



F GUACHILEMA. Ecuador. 28 años

Este quiteño, residenciado en Madrid, ha publicado un libro de poesía y relatos cortos titulado *Espiral de sueños y letras*, inspirada en un hecho real, su historia se enmarca en la temática social que ha estado trabajando en los últimos tiempos.

par de horas para ir a Bolivia. Un mareo fuerte y vómitos constantes casi le hacen perder el vuelo. Ya en Bolivia, la esperaba la familia de acogida, le trasladaron a Cochabamba, ahí la gente la trató muy bien, y aunque eran personas humildes no le faltó nada mientras estuvo con ellos viviendo en el campo. Mi mujer, como estaba embarazada, no podía hacer esfuerzos físicos, sin embargo cocinaba para ellos, una familia de cinco integrantes (el señor, la señora, y tres niños de no más de 12 años) que iban a trabajar a unas minas lejos de casa y llegaban siempre cuando ya oscurecía.

27 días de estancia en Cochabamba, mi señora, Ana Clavijo Urrutia con su nuevo nombre, Jazmín Pingallo Echeverri se preparaba para viajar a España con pasaporte boliviano; como ellos (los bolivianos) no necesitaban visa para entrar lo hizo por esa vía.

Los nervios se apoderaron de ella cuando llegó a Madrid, su vientre era pequeño y no parecía estar embarazada. Le dije que le esperaría en Murcia, pues como yo no tenía la documentación en regla y en Madrid había más control migratorio no quería correr

ningún riesgo en ese momento.

Faltaba poco para vernos, cuando ella, en el autobús destino a Murcia, sintió un fuerte dolor en su vientre, y otro, y otro... rompió aguas en el asiento 34. Se le puede ver la cabecita, dijo una joven que viajaba junto a ella desde Madrid. Nuestro pequeño niño se adelantaba en su camino. Para hacer, con su latido, compañía a mi señora.

Llegaron a Murcia en ambulancia. Para entonces mi compañero de piso ya le había llevado al hospital la documentación de mi señora, la original, me la envió su tía mientras ella estaba en Bolivia. Al inscribirle, como niño nacido en territorio español mi hijo recibió el apellido de su madre, pues yo no estaba ahí, se llama Felipe Clavijo. Las lágrimas por mi ausencia se escapaban de los ojos de Ana pues se enteró que justo en ese instante yo había sido deportado a mi país cuando un par de policías se presentaron en la obra donde estaba trabajando como peón y como no tenía documentos me detuvieron, no me quedó más remedio que llamar a mi vecino y contarle lo acontecido, al poco tiempo me embarcaron en un avión pequeño. Mientras la extensión de mi vida, de nuestra vida, nacía yo me alejaba de ellos mordiendo los labios y tirándome los pelos de tanto llorar por dentro. En Ecuador permanecí tres semanas, volví a salir con los bolsillos llenos de deudas, intenté hacer el mismo trayecto que mi mujer pero solo llegué a Bolivia, donde tres meses de esfuerzos fallidos me hicieron cambiar de rumbo.

Y aquí estoy amigo mío junto a usted en Senegal, y aunque usted no me entienda porque no habla castellano, y aunque no me conozca, los dos en esta patera nos damos una mano.

Ahora sé, que lo que no sé, o no me dejan, es inmigrar.

